

**Las maras centroamericanas, una  
identidad que ha dejado de tatuarse:  
posibles lecciones para las pandillas  
mexicanas**

Gema Santamaría  
[gemasantamaria@gmail.com](mailto:gemasantamaria@gmail.com)

Instituto Tecnológico Autónomo de México  
(ITAM), México

March 2006  
Paper No. 9

Gema Santamaría es integrante de la Red Trasnacional de Análisis sobre Maras, proyecto asociado del Centro de Estudios y Programas Interamericanos.

Buena parte de estas reflexiones son resultado del Primer Taller Sub-Regional de la Red Trasnacional de Análisis sobre Maras, que tuvo lugar el 13 de febrero del presente año. No obstante, las opiniones del presente artículo son responsabilidad de la autora y no representan necesariamente el punto de vista de los integrantes de dicha Red.

Las maras, como se conoce generalmente a los jóvenes pandilleros de origen centroamericano, han irrumpido de manera creciente y con una rapidez abrumadora en el escenario de percepciones y realidades que conforman el entramado de la violencia urbana.

Ya sea como grupos que se piensan vinculados de manera marginal o central con diversas manifestaciones del crimen organizado (narcotráfico, tráfico de personas y de armas, secuestros e incluso terrorismo) o como delincuentes que amenazan los espacios más locales a través del robo, el cobro de peaje y la extorsión, las maras ocupan un lugar prioritario tanto en la mente de los habitantes de comunidades y barrios, como en las agendas de los tomadores de decisión.

Los medios de comunicación han ocupado un lugar central en hacer de estos jóvenes tatuados y desafiantes, los protagonistas de las historias de violencia que se tejen en las ciudades centroamericanas, estadounidenses y, más recientemente, mexicanas. Y no es difícil entender el cómo y el porqué: son jóvenes, tienen tatuado en todo el rostro el número de sus muertos y, por si fuera poco, cuando son entrevistados por algún periodista ávido de nota roja, describen (o inventan) los asesinatos más terribles que han llevado a cabo en contra de la pandilla contraria. Es un hecho innegable: las maras son fotogénicas y sus historias se venden como pan caliente; en otras palabras, son fuertemente mediáticas.

Lo cierto es que las maras no son nuevas, como afirma Miguel Cruz, especialista salvadoreño y director del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA;<sup>i</sup> en especial en los países centroamericanos llamados del “triángulo del norte” (Honduras, Guatemala y El Salvador).<sup>ii</sup> El problema se remonta a la década de los ochenta y principios de los noventa e inicia con la migración de cientos de jóvenes que, huyendo de la guerra civil en sus países de origen, llegan a barrios de ciudades como Los Ángeles, donde las pandillas compuestas por jóvenes latinos tenían ya un amplio camino recorrido.

Pero más allá de que no sea un fenómeno reciente, lo que sí resulta novedoso es, por un lado, la atención que estos grupos están recibiendo por parte de los gobiernos y de la sociedad civil en general, y por otro, la manera en la que estos grupos se alejan cada vez más de la actividad tradicional pandilleril. En cuanto al primer aspecto, es evidente que dicha “atención” no se ha traducido en un mejoramiento del problema, sino en un agravamiento de la violencia con la que operan estas pandillas y en una tendencia a llenar las cárceles de jóvenes, cerrando así sus posibilidades de reinserción y abriéndoles de par en par, las puertas del crimen organizado. En cuanto a lo segundo, me refiero al abandono por parte de estos jóvenes de los signos de identidad que acompañaban generalmente al pandillero (el tatuaje, los graffitis, la defensa de la esquina y un lenguaje corporal a base de señas)<sup>iii</sup> y la adopción en cambio del anonimato y de una identidad compartida basada sólo en el hecho violento.

El presente artículo está dividido en dos partes. En la primera abordaré lo que considero son los tres enfoques predominantes desde los cuales ha sido interpretada la problemática de las pandillas juveniles o maras centroamericanas; a saber, el de las identidades juveniles, el de la seguridad y el de la exclusión social. Sostengo que un entendimiento del fenómeno que adopte uno de estos enfoques en aras de descartar el otro, resulta parcial y reduccionista, impidiendo una visión más integral sobre las distintas aristas que lo caracterizan.

Así mismo, considero que estas tres visiones (que suelen ser vistas como excluyentes) han dado lugar<sup>iv</sup> a tres vías, implementadas desde los gobiernos o desde la sociedad civil, para responder a los desafíos que plantean las maras; me refiero aquí a las políticas de prevención, las de reinserción o las de combate. O dicho de otra manera, y para

utilizar el modelo descrito en el libro *Maras y pandillas en Centroamérica: pandillas y capital social*, se presentan tres mecanismos para promover el orden social: normatividad social, utilitario o coercitivo.<sup>v</sup> Nuevamente, argumento que ninguna de estas tres vías o respuestas son suficientes cuando se ponen en marcha de forma aislada. En esta primera parte, mostraré de qué manera se relaciona una interpretación con un tipo de respuesta, los desafíos y las limitantes que esto presenta y cómo un entendimiento y una respuesta más integral constituye el escenario más deseable, pero ciertamente el más difícil de alcanzar en nuestras sociedades.

En la segunda parte haré un breve recorrido acerca de las transformaciones que han experimentado las pandillas centroamericanas en términos de la identidad colectiva que mantiene unidos a sus integrantes. El objetivo de este segundo apartado es estructurar un entendimiento del problema, que concilie y logre aprovechar los aportes de las tres visiones descritas en la primera parte con vistas también a delinear escenarios de solución o mitigación de la violencia pandilleril.

En términos de las transformaciones identitarias de las maras centroamericanas, sostengo que aquellos elementos de la identidad pandilleril que proveían un sentido de pertenencia y de cohesión social a los jóvenes, y que los diferenciaban de los grupos delincuenciales comunes, se han ido perdiendo debido, en buena medida, a las políticas de represión de los gobiernos centroamericanos. Lo que ha quedado como denominador común de estos grupos es el uso de la violencia y su incursión en el crimen organizado. Ya no son pues los jóvenes que se reunían en las esquinas para defender su barrio, sino jóvenes que delinquen y cometen crímenes sin reivindicar necesariamente su pertenencia a una u otra pandilla. Considero que la “identidad perdida,” es decir, la identidad pandilleril, tiene el potencial de articular en la vida de estos jóvenes un capital social<sup>vi</sup> que permita que se reinserten en la sociedad; en cambio la “identidad ganada,” aquella basada en la violencia y en las ganancias del crimen organizado, constituye un capital social perverso<sup>vii</sup> que difícilmente puede ser transformado.

Finalmente, hablaré de las posibles lecciones que las maras centroamericanas, específicamente aquellas del triángulo del norte, pueden aportar al caso mexicano; siendo este último un caso en el que las pandillas conservan aún sus rasgos de identidad tradicionales y en el que pueden (y deben) buscarse políticas integrales para lograr que los jóvenes en riesgo no entren en la lógica de la violencia o que los jóvenes ya involucrados en pandillas puedan reinsertarse en la sociedad.<sup>viii</sup>

### **Tres maneras de entender a las maras y tres vías para resolver el fenómeno**

Como mencioné anteriormente, las maras son un fenómeno sumamente mediático. Como tal, han despertado la opinión de periodistas, tomadores de decisión y académicos. No existe periódico de la región centroamericana (e incluso de México o de Estados Unidos) que no le haya dedicado por lo menos una editorial al tema; así mismo en distintos niveles de gobierno y desde diferentes áreas, no se han hecho esperar las interpretaciones y las consecuentes acciones para hacerle frente; finalmente en la academia han surgido, desde diferentes disciplinas, estudios que buscan articular un análisis informado sobre el tema.

Aunque no pretendo ofrecer una lista exhaustiva de los enfoques que han aportado estos actores, considero que la distinta gama de interpretaciones puede clasificarse en tres vertientes principales: la de las identidades juveniles, la de la seguridad y la de la exclusión social. Por otro lado, las soluciones que han ofrecido estos actores (sobre todo, las organizaciones de la sociedad civil y los gobiernos de la región) pueden dividirse en los

modelos de normatividad social o preventivo, utilitario o de reinserción, y coercitivo o de combate.

## **1. Identidades juveniles: un puente potencial hacia la prevención**

Con este primer enfoque me refiero a una interpretación que privilegia como unidad de análisis la identidad colectiva que mantiene unidos a los jóvenes pandilleros y los elementos que conforman dicha identidad. En otras palabras, se toman en cuenta el conjunto de referentes y códigos que le dan sentido y significado a “ser joven y ser pandillero.” Usualmente se habla del lugar de los tatuajes y del lenguaje corporal, de los graffitis y la apropiación de los espacios públicos, del conjunto de señas y de los códigos de vestimenta que constituyen el “performance” del pandillero, y de otros elementos constitutivos de esa identidad como la música o los ritos de iniciación. Generalmente, son disciplinas como la antropología y la sociología las que han aportado más análisis desde este enfoque; aunque también otros actores dentro de la sociedad civil y de los gobiernos (en especial algunos institutos de la juventud de la región) hacen uso, aunque no de manera explícita, de algunos elementos de esta perspectiva.

Los aportes de este enfoque son permitir entender la dinámica interna de las pandillas a través de sus referentes culturales y poder así dimensionar cuáles son los elementos que distinguen a la pandilla de grupos delincuenciales comunes o, más aún, del crimen organizado. El negocio o las ganancias obtenidas de ciertos actos delictivos no constituyen de ninguna manera el principal elemento cohesionador de las pandillas. Se trata de una serie de códigos de pertenencia que se construyen en buena medida sobre la base de las diferencias frente a los “otros;” siendo esos otros, los integrantes de la pandilla contraria y los símbolos que la representan. Sin embargo, esta interpretación tiene algunas limitantes. Una de ellas es que se le da a la identidad pandilleril un alcance que no tiene: se le interpreta como sinónimo de resistencia y oposición frente al régimen político o el orden económico.<sup>ix</sup> Otra, quizás más grave en aras de darle una solución concreta al problema, es que pasan por alto las manifestaciones violentas que pueden tener algunos elementos identitarios de las pandillas. En el afán de no criminalizar a la juventud, se oscurece el hecho innegable de que estos jóvenes ponen en jaque las vidas de otros jóvenes o adultos de la comunidad.

En términos de las políticas que pueden derivarse de este enfoque, han sido sobre toda las organizaciones de la sociedad civil y algunos institutos de la juventud los que han tomado (de manera implícita) ciertos elementos de esta interpretación. Las políticas de prevención suelen basarse en programas que buscan reorientar los códigos y símbolos del pandillero hacia modos de actuar que estén desligados de la violencia. Esfuerzos como los que realiza la organización de Homies Unidos de El Salvador resultan representativos de este esfuerzo. Para los jóvenes que dirigen la organización, en su mayoría ex pandilleros de una u otra de las confederaciones de maras (la Mara Salvatrucha o la pandilla del Barrio 18), no se trata de sacar a los jóvenes de la pandilla sino de hacerlos pandilleros “calmados,” que eliminen la violencia como código de conducta y que se ocupen en actividades recreativas o productivas que encaucen sus energías de manera positiva hacia su comunidad.<sup>x</sup>

## **2. Exclusión social: trabajando en la reinserción**

El planteamiento de la perspectiva de la exclusión social es claro: trata de visibilizar de qué manera las limitantes materiales de los jóvenes se traducen en actividades

delincuenciales o en formas de organización violenta que buscan reparar dicha carencia. Aunque este enfoque ha sido criticado por el riesgo de que sus planteamientos sean usados para “criminalizar la pobreza”, lo cierto es que echa luz sobre varias causales innegables del fenómeno.

Como explica Martín Hopenhayn, la juventud es vista dentro del sistema capitalista como “actor en vías de preparación para entrar en el sistema productivo;”<sup>xi</sup> sin embargo, los escenarios de desempleo, falta de oportunidades y crisis económicas de los países de América Latina, hacen que esa expectativa no se cumpla y que exista una fuerte contradicción entre el nivel de autonomía moral que este grupo socio-etario reclama y el nivel de autonomía material que es capaz de concretar. En muchos casos, esta tensión genera violencia y se manifiesta en las tribus urbanas<sup>xii</sup> de la modernidad: las pandillas.

Nuevamente, aunque no de manera explícita, este enfoque entra en la práctica en franco diálogo con las políticas de reinserción o dentro de los modelos utilitarios de orden social. Lo que buscan estas políticas es proveer la capacitación y las oportunidades dentro del mercado laboral para que los jóvenes pandilleros logren reinserirse a la sociedad. Desde esta perspectiva, se impulsan programas que destinan recursos específicos para este grupo social, que buscan crear incentivos materiales para que los jóvenes dejen la actividad pandilleril y logren rehabilitarse a través de actividades recreativas y productivas.

Los límites de este enfoque no radican en sus alcances teóricos, sino en su dificultad de concreción en países donde los sistemas penitenciarios y de impartición de justicia se han dedicado a llenar las cárceles de jóvenes y han roto casi por completo las posibilidades de “retorno a la sociedad” y salida de la pandilla. Los recursos son destinados en su mayoría a programas de mano dura o cero tolerancia que constituyen el tercer tipo de respuesta que se ha implementado en la región centroamericana. El uso de los recursos públicos en este tipo de programas ha ido eliminando la posibilidad de que éstos se destinen a políticas de reinserción. En una distribución de “suma cero” del uso de los recursos, los gobiernos muestran los bolsillos vacíos cuando se trata de generar empleos u oportunidades materiales destinadas a estos jóvenes. A pesar de que en el largo plazo las políticas de reinserción son sin duda más efectivas y proveen soluciones más sostenibles; en el corto plazo las políticas de represión se “ven más” y son las favoritas de una población que vive amedrentada por la amenaza de la violencia y que es alimentada por las imágenes estereotipadas de jóvenes incontrolables y peligrosos.

### **3. La “securitización” de la agenda juvenil: la política del combate**

Finalmente, el tercer enfoque desde el cual son entendidas las pandillas juveniles, hace énfasis en las similitudes de estos grupos con otros cuerpos delictivos o con el crimen organizado. Las claves para entender a las pandillas giran en torno a las redes de criminalidad con las que se relacionan, llámense narcotráfico, tráfico de personas (el caso del supuesto control de las maras sobre el paso de los centroamericanos por México para llegar a suelo estadounidense es el más claro), tráfico de armas o terrorismo.

Desde esta perspectiva, la razón de ser de los pandilleros tiene menos que ver con la cuestión identitaria o con el hecho de pertenecer a un grupo social excluido, y está más relacionado con el control sobre ciertos recursos y con la manera de apropiarse de los mismos a través de actos ilícitos y violentos. Un ejemplo de esta interpretación es aquella que analiza los conflictos entre una y otra pandilla en términos del control que tienen del negocio de la droga. Es decir, ya sea que se le asigne a la pandilla un papel central en el negocio o uno más marginal (en el narcomenudeo y como meros distribuidores locales), la

defensa del territorio no es vista como una reivindicación de la identidad pandilleril, sino como una cuestión utilitaria para obtener el control de los recursos.

Esta interpretación de las pandillas permite visibilizar algunos aspectos que el primer enfoque, el de la identidad juvenil, pasa de largo. Sin embargo, como se trata generalmente de una interpretación parcial que no entra en diálogo con las otras dos, se vuelve sumamente limitada. Entender a las maras o a las pandillas centroamericanas como un actor más del crimen organizado implica una serie de supuestos falsos: el más serio de ellos, el pensar que los jóvenes que ingresan a las pandillas lo hacen para obtener una jugosa ganancia de las actividades delictivas.

No sólo se ha demostrado que las pandillas ocupan un lugar marginal dentro del reparto de ganancias del crimen organizado (en específico, dentro del negocio del narcotráfico), sino que el participar de manera decidida en estos grupos deriva en formas de organización contrarias a la pandilla. El crimen organizado requiere de una estructura jerárquica y bien organizada, donde no hay lugar para el *desmadre* y la *vida loca* que caracteriza a la vida pandilleril. Por ejemplo, cuando un grupo de jóvenes participa más del negocio de la droga que de su consumo, lo más probable es que dicho grupo esté dejando atrás la lógica de la pandilla e ingresando a una de crimen organizado.<sup>xiii</sup>

En términos de políticas públicas, este enfoque se traduce en los programas de mano dura y cero tolerancia que han sido adoptados, de manera sostenida, en los tres países del triángulo del norte y en algunos estados de la República Mexicana, como es el caso de Chiapas con los “Programas Acero.” Desde el 2000, se han puesto en marcha distintos planes de gobierno que tienen como denominador común el énfasis en la represión: el Plan Mano Dura y Súper Mano Dura en El Salvador, Plan Escoba en Guatemala o Plan Libertad Azul en Honduras.<sup>xiv</sup> Todos ellos, obedecen además al afán de estos gobiernos por satisfacer una demanda de seguridad (pero sobre todo, un reclamo de castigo) que ha ido creciendo en las sociedades de estos países. Al afán de darle respuesta a estas demandas, al calor del clima electoral y de la obtención de mayores votos, se le ha llamado “populismo punitivo.”<sup>xv</sup>

El fracaso de estos programas ha sido evidente. No sólo no han logrado detener los niveles de uso de violencia en estos grupos, sino que los han exacerbado como resultado de la represión y de largas estancias en la cárcel que han servido como escuelas perfectas para entrar en la dinámica del crimen organizado.<sup>xvi</sup> La criminalización y estigmatización de estos grupos han cerrado por completo la opción de la reinserción o la rehabilitación y ha agudizado la marginalización, dejando al crimen y al uso de la violencia como única salida de estos jóvenes.<sup>xvii</sup>

### **Las maras sin tatuaje o en búsqueda de la “identidad perdida”**

Hasta aquí han sido planteados los enfoques y las respuestas que han prevalecido en la región para dar respuesta al fenómeno. Lo que pretendo ahora es esbozar un enfoque que permita dialogar estas perspectivas en aras de una comprensión más integral de las maras centroamericanas, que contribuyen a su vez a delinear algunas lecciones para las pandillas mexicanas. En específico, me centraré en varios elementos del enfoque de la identidad juvenil pero tratando de incorporar la cuestión de la exclusión social y también la manera en la que el tránsito de los jóvenes pandilleros hacia el crimen organizado está dejando cada vez menos espacio para las políticas de prevención y reinserción.

Mi hipótesis es que la identidad pandilleril tradicional, a la cual me referiré como “identidad perdida,” (basada en el uso de tatuajes, en la reivindicación de un lenguaje y una

expresividad corporal propia, la defensa del territorio, entre otras características), posee un capital social potencial que puede servir para tender puentes entre estos jóvenes y el resto de la sociedad; pero además y más importante aún, es el hecho de que este “capital social pandillero” provee a estos jóvenes de un sentido de pertenencia y de un mecanismo de socialización únicos, que han dejado de proveer otras instituciones sociales como la familia, la escuela y el trabajo.

De ahí que la solución al fenómeno de las maras no sea el que estos jóvenes dejen de “ser pandilleros,” sino capitalizar los rasgos identitarios que ofrezcan ciertos elementos de capital social a estos jóvenes; es decir que provean, reciprocidad, confianza, sentido de pertenencia, solidaridad, entre otros.<sup>xviii</sup> Evidentemente, reconozco que hay ciertos rasgos de la identidad pandilleril que tienen más que ver con el capital social perverso; en específico el uso de la violencia ya sea hacia la pandilla contraria o hacia las personas de la comunidad como una manera de reafirmar su pertenencia a la propia mara.<sup>xix</sup> No pretendo entonces negar esta dimensión de la identidad pandilleril, sino hacer un mayor énfasis en las oportunidades que brindan los otros elementos de la misma tanto para reinsertar a estos jóvenes como para disminuir los incentivos que dan lugar a ese capital perverso.

Por otra parte, la “identidad ganada,” aquella que se está construyendo a raíz del tránsito de estos grupos hacia formas de organización y de cohesión más cercanas al crimen organizado, no deja espacios para la construcción de capital social, y por el contrario, encarna formas de capital social perverso que difícilmente pueden ser transformados o encausados hacia formas positivas de dinámica social.

### **La identidad perdida: las maras como la gran familia**

La pandilla ofrece sin duda un espacio potencial para la generación de capital social: genera un sentido de pertenencia, crea reglas o normas de convivencia que derivan en beneficios para el grupo y establece redes de solidaridad entre sus miembros. La pandilla (llámese mara, parche, barrio o banda) representa el lugar de socialización de cientos de jóvenes que han perdido los conectores “tradicionales” como la familia, la escuela o el espacio de trabajo.

Las historias de vida de los pandilleros muestran que estos jóvenes, en general, crecen en hogares donde el padre maltrata y la madre está ausente, donde el alcoholismo y la prostitución son la norma y donde la violencia y el abuso sexual rigen la dinámica familiar del día a día. Los jóvenes no sólo quieren romper con los padres por que éstos representen la autoridad que debe ser desafiada, sino porque amenaza en muchos casos su salud física y psicológica e incluso pone en riesgo sus vidas. El rompimiento con la familia es uno de los primeros pasos hacia la creación de lazos con la pandilla, la otra familia.

La escuela, por su lado, ha ido perdiendo su papel tradicional de institución proveedora de significantes. La deserción escolar se presenta cada vez más y a edades más tempranas, ya sea por la necesidad de ingresar al mercado de la economía informal o por la presencia de sistemas educativos demasiado rígidos, atrapados en esquemas de verticalidad y estructuras paternalistas, que desmotivan a cientos de jóvenes. Cuando falla la familia, la escuela se convierte en la primera opción de socialización; pero cuando esta opción desaparece u ofrece mecanismos de socialización deficientes, la entrada a la pandilla está solo a unos cuantos pasos de concretarse.

En tercer lugar está el espacio laboral. El trabajo es sin duda otro de los mecanismos que permiten a los jóvenes seguir dentro del tejido social de las sociedades

contemporáneas. Sin embargo, los conectores que éste ofrece han perdido también su efectividad. En el mejor de los casos, los trabajos a los que acceden los jóvenes de los sectores populares urbanos, son de carácter esporádico y dentro de la oferta laboral de la economía informal. La posibilidad de establecer lazos dentro de los marcos inestables y efímeros de este tipo de actividades es prácticamente nula. Además, en su mayoría, estos jóvenes ni siquiera logran insertarse a la economía informal, ya no digamos al ámbito formal donde no cumplen las expectativas de especialización técnica que requiere hoy por hoy el mercado.

Así pues, los conectores que tradicionalmente mantenían a estos jóvenes dentro del tejido social se han ido perdiendo de manera dramática. En su lugar, se han erigido los espacios que ofrece la pandilla, donde se reproducen valores de familia, escuela y trabajo, bajo sus propias lógicas. La mara representa así a la “gran familia.” Cientos de jóvenes encuentran en los “homeboys” o en las “homegirls” a los hermanos o hermanas que no tuvieron en casa. La pandilla les ofrece protección, cobijo, cariño y respeto. Para jóvenes que han sido maltratados y que sienten que su vida es desechable o intercambiable, el respeto que se ganan al ingresar a la pandilla es fundamental. Pero también la mara es escuela, se aprenden reglas y códigos, se aprende a “estar trucha,” como dirían los de la MS13 (o Mara Salvatrucha). Y si bien no ofrece un trabajo, sí genera una ocupación: el narcomenudeo, el cobro del peaje a quienes quieran pasar por su territorio o simplemente “esquinear,” es decir, defender la esquina en la que se reúne la mara.

La lógica de la pandilla y la manera en la que va “succionando” a sus integrantes hace que la mara se convierta en el único espacio posible para la socialización de estos jóvenes. En otras palabras, difícilmente hay posibilidades de regresar a los conectores tradicionales. El ejemplo más claro es cómo el uso de los tatuajes, uno de los elementos centrales del gesto pandillero, va cerrando los espacios “tradicionales.” El estigma y el rechazo social que despierta el uso de tatuajes les niega las posibilidades de reinserción, en especial si se trata del tatuaje más radical y agresivo que caracteriza a los pandilleros centroamericanos: aquel que se tatúa en el rostro.

Los elementos de capital social que están presentes en las maras son aquellos que tienden puentes hacia la solidaridad y el sentido de pertenencia; aquellos que operan al interior sin generar efectos negativos hacia el resto de la comunidad. Nuevamente el ejemplo de los Homies Unidos ilustra muy bien esta situación. Lo que buscan hacer en la organización es fomentar los valores “positivos” que se gestan al interior de la pandilla (la lealtad, el respeto, la hermandad) y disuadir a los jóvenes de aquellos códigos que tengan efectos negativos para la propia pandilla (en el caso de los violentos ritos de iniciación) o para los miembros del barrio donde habitan (el peaje, la extorsión u otro tipo de delitos). Son esos valores positivos los que constituyen la materia prima del “capital social pandillero” y son esos justamente los que, desgraciadamente, forman parte de la identidad perdida.

### **La identidad ganada: el anonimato del crimen organizado**

Las políticas de mano dura han ido desdibujando los rasgos tradicionales de la pandilla y han sido los elementos del capital social pandillero los que se han visto más erosionados.

Por un lado, la manera en la que estas políticas estigmatizan o criminalizan los gestos pandilleros (ya sea el uso de tatuajes, el lenguaje corporal a base de señas, “esquinear” o estar en los espacios públicos, marcar el territorio con graffitis, entre otros)

ha hecho que se vayan perdiendo los rasgos típicos de la identidad pandilleril. Junto con ellos, está desapareciendo un sentido de pertenencia y una identidad colectiva que sostenía los códigos y los valores al interior de la pandilla.

Pero más importante aún, es el hecho innegable de que estas políticas han endurecido las organizaciones de pandilleros y las han puesto en contacto directo (debido al encarcelamiento de estos jóvenes) con el crimen organizado.<sup>xx</sup> El paso entonces de la calle a la cárcel ha servido también como reafirmación del tránsito de la pandilla al crimen organizado, y con ello, se han ido delineando los elementos de una nueva identidad que sólo da lugar a la formación de capital social perverso.

Estos nuevos grupos que se están perfilando en los países del triángulo del norte están más cercanos a la lógica de los grupos delincuenciales que operan en términos de las ganancias que representa alguna actividad ilícita y que tienen una estructura organizacional más rígida y vertical. Ya no se trata de jóvenes cuya razón de ser es el desafío de la otredad representada por la pandilla contraria; se trata de estructuras que operan con una lógica más utilitaria y mejor calculada.

No cabe duda que con estas nuevas dinámicas, las políticas de mano dura han tendido su propia trampa. No sólo es más difícil disuadir del uso de la violencia a grupos que están obteniendo ahora sí ganancias importantes del crimen organizado, sino que los más jóvenes, aquellos que se están integrando más recientemente a estos grupos, poseen ahora una identidad anónima: no se tatúan, no están en las calles, no se manifiestan. No obstante, este contexto debe resultar preocupante también para los que han sido críticos de las políticas de coerción, para los que han defendido desde la academia, el gobierno o la sociedad civil, los enfoques de prevención y reinserción. La prevención se vuelve más compleja cuando no existen los elementos de un capital social pandillero que pueda ser potenciado o encausado hacia valores más positivos, mientras que la reinserción se presenta también como una opción menos probable ante redes de crimen organizado que están empujando a jóvenes cada vez más jóvenes hacia los circuitos lucrativos de la ilegalidad.

### **Algunas lecciones para las pandillas mexicanas**

Las pandillas mexicanas poseen una dinámica muy distinta a la de las maras centroamericanas. Se trata de grupos de jóvenes que obedecen más al comportamiento tradicional de la pandilla en términos de sus códigos de conducta, de las actividades que llevan a cabo y de la identidad que los mantiene unidos.

Además de estas características, las pandillas mexicanas se encuentran más atomizadas y en este sentido operan a un nivel mucho más local que las grandes confederaciones de pandillas en Centroamérica. Es decir, en México no se ha presentado la conformación de dos grandes grupos de pandillas en las cuales se aglutinan distintas unidades o "clickas," como es el caso de la Mara Salvatrucha y la pandilla del Barrio 18 en los tres países del triángulo. En el caso de las pandillas mexicanas se trata aún de pequeños grupos que defienden su barrio y que tienen una identidad totalmente local, ubicada geográficamente en un espacio reducido.<sup>xxi</sup>

Más importante aún, las pandillas mexicanas mantienen sus propios espacios y se mantienen en una posición de autonomía en relación a los actores del crimen organizado. En los estudios que ha llevado a cabo la Red Transnacional de Análisis sobre Maras en las ciudades de Tijuana, Tapachula, Morelia y Ciudad de México, se ha encontrado que la

relación de las pandillas con el crimen organizado es más bien marginal ya sea porque estos jóvenes se encuentran totalmente atrapados en la vorágine de la vida pandilleril (la “vida loca” para los centroamericanos, el “desmadre” para los mexicanos) o porque estos espacios de ilegalidad ya están totalmente repartidos entre otros actores de la violencia urbana.

Así pues, los jóvenes pandilleros de las ciudades que se han estudiado siguen en las esquinas, continúan con el uso del tatuaje (aunque habría que decir que no llegan a tatuarse la cara como las maras centroamericanas) y con el uso del graffiti para marcar su territorio, visten al estilo de los “cholos” y bailan al ritmo del hip hop.

En México, con la excepción más clara del estado de Chiapas, las políticas de mano dura no han encontrado eco entre los tomadores de decisión. Lo cual no significa que las políticas de prevención o de reinserción sean la constante. Más bien, lo que está presente hasta el momento es una profunda indiferencia hacia el tema; indiferencia que persiste incluso en las organizaciones de la sociedad civil.<sup>xvii</sup> En este sentido, todo está por escribirse en términos de las acciones que se van a llevar a cabo. México puede constituirse en un laboratorio para ensayar maneras más integrales y eficaces de hacer frente al fenómeno de las pandillas juveniles.

El capital social pandillero, ese que forma parte de la identidad perdida de las maras centroamericanas, puede ser construido con base en la identidad pandilleril que mantiene unidos a esos cientos de jóvenes que han conformado bandas o barrios en diversos espacios urbanos de México. El fracaso de las políticas de mano dura debe lanzar una señal clara sobre las medidas que deben impulsarse. El tránsito hacia el crimen organizado trae consigo una identidad anónima, que dispara mecanismos de cohesión basados en una lógica utilitaria.

Debemos dejar de estigmatizar al pandillero y tratar de potenciar los elementos de capital social que puedan rescatarse de sus códigos y de sus símbolos. No hagamos de estos jóvenes criminales anónimos: la identidad pandilleril les da un nombre que puede reinsertarlos con dignidad hacia redes sociales más positivas.

- 
- <sup>i</sup> José Miguel Cruz, "Los factores sociales del fenómeno de las pandillas en Centroamérica," presentación realizada durante la conferencia *Voces de la Experiencia: Iniciativas locales y nuevos estudios sobre la violencia de las pandillas juveniles en América Central*, realizada en septiembre de 2005.
- <sup>ii</sup> Tomaré como caso de análisis principalmente a las pandillas del triángulo del norte. Nicaragua es un caso muy distinto y en muchos sentidos comparte con México la no presencia de las maras y, sobre todo, el que los jóvenes que integran sus pandillas están mucho menos ligados al crimen organizado.
- <sup>iii</sup> Manfred Liebel, "Pandillas y maras: señas de identidad," en *Revista Envío*, Número 224, Julio de 2002.
- <sup>iv</sup> Con esto no quiero decir que exista una relación causal, unívoca y lineal entre el entendimiento de las pandillas y las respuestas que se adoptan; pero sí que existe una conexión entre un tipo de interpretación y el tipo de política que se aplica para una supuesta solución al problema.
- <sup>v</sup> José Miguel Cruz, Marlon Carranza y María Santacruz Giralt, "Teoría y método: capital social y pandillas en Centroamérica," en *Maras y pandillas en Centroamérica: pandillas y capital social*, Volumen II, UCA Editores, El Salvador, 2004, pp. 52-54. El modelo de la normatividad social tiene que ver con la promoción de valores y normas que prevean un comportamiento adverso en las personas y generen capital social; el utilitario se refiere a la generación de "incentivos económicos" (usualmente a través de gasto público destinado a este sector) para fomentar el orden social; o el coercitivo, es decir el uso de la fuerza para prevenir la desestabilización por parte de ciertos grupos.
- <sup>vi</sup> Usaré, para efectos de este artículo, la definición de capital social de Narayan citada por Cruz, Carranza y Santacruz (*op.cit.*, p. 39) según la cual el capital social son las "reglas, normas, obligaciones, reciprocidad y confianza incrustadas en las relaciones sociales, en las estructuras sociales y en la institucionalidad de la sociedad, las cuales permiten a sus miembros alcanzar sus objetivos individuales y colectivos comunes."
- <sup>vii</sup> Por capital social perverso me refiero al capital social que se crea en un grupo o en una comunidad que tiene efectos perniciosos para el resto de la sociedad; es decir, el que surge en grupos delictivos o en las filas del crimen organizado. En palabras de Rubio, el capital social perverso "implica la obtención de beneficios positivos para los miembros de las redes que las integran, pero implican resultados negativos para la comunidad más extendida, porque alientan el comportamiento que busca la ganancia a cualquier costo y la actividad delictiva." Citado en: *op.cit.*, p. 45.
- <sup>viii</sup> Cabe aclarar que uso intencionalmente el término pandilla (y no el de mara) para referirme a los grupos pandilleros mexicanos pues los estudios que ha llevado a cabo la Red en México (encabezados por Carlos Mario Perea) han demostrado que la presencia de las maras centroamericanas es marginal, y lo es también su presencia en el imaginario colectivo de las personas de los barrios y de los propios miembros de las pandillas. Con la excepción notable de Tapachula, y en menor medida de Morelia, en otras ciudades del país, las maras no aparecen como un actor central de la vida pandilleril o del entramado de la violencia urbana.
- <sup>ix</sup> En este sentido, resultan de suma utilidad las reflexiones de Carlos Mario Perea, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, que ha estudiado a las pandillas colombianas y a las mexicanas. Para él, los pandilleros representan el reclamo más claro frente al sistema capitalista y el proyecto cultural del mercado; pero es un reclamo mudo. De ninguna manera está articulado ni construido desde la conciencia política que sí poseen otros jóvenes que reivindican la resistencia política (en el caso de México, éstos serían los llamados "chavos banda"). En otras palabras, el potencial que tiene el reclamo del pandillero no se ve concretado a falta de un discurso político estructurado que lo materialice. Para ver más sobre el análisis de Perea, ver la introducción del libro *Con el diablo adentro: Pandillas y Poder* (en prensa).
- <sup>x</sup> Entrevista con Luis Romero (alias Panza Loca), director de Homies Unidos, El Salvador, y con Heriberto Henríquez (Heri boy), coordinador del área de rehabilitación de la misma organización. México, noviembre de 2005.
- <sup>xi</sup> Martín Hopenhayn, "La juventud latinoamericana en sus tensiones y violencias," en Javier Moro (Editor), *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas*, INDES, INAP, BID, Guatemala, 2006. pp. 30.

- 
- <sup>xii</sup> Para ver más sobre el concepto de “tribus urbanas,” ver: Ernesto Rodríguez, “Juventud y violencia en América Latina,” en *Desacatos: Revista de Antropología Social*, CIESAS, primavera-verano 2004, pp. 36-59.
- <sup>xiii</sup> El caso de las pandillas en Nicaragua ilustra muy bien esta transición. En su intervención durante el taller de la Red Transnacional de Análisis sobre Maras, José Luis Rocha hizo referencia a cómo la dinámica del narcotráfico rompe con la dinámica de la vida pandilleril. Su participación dentro del negocio, aunque sea marginal, los aleja de la vida del grupo pues implica invertir tiempo en el reparto o en la venta y quitarle tiempo a estar en las esquinas, defendiendo el barrio o simplemente “lanzando barrio.” La participación en el negocio requiere de una actividad más individual e individualista, que nada tiene que ver con la dinámica grupal de la pandilla.
- <sup>xiv</sup> Marta Puig Ruiz, “Las maras: un enfoque de intolerancia de los gobiernos centroamericanos,” en *prensa*.
- <sup>xv</sup> *Ibid.*
- <sup>xvi</sup> José Miguel Cruz y Marlon Carranza, “Pandillas y políticas públicas: el caso de El Salvador,” en Javier Moro (editor), *op.cit.*, pp. 133-172.
- <sup>xvii</sup> Un claro ejemplo de ello son los jóvenes que han buscado rehabilitarse pero que, por el uso de tatuajes son estigmatizados y excluidos de cualquier posible reinserción en la economía. No obstante, otra razón que impide la rehabilitación, son las mismas deudas pendientes entre pandilleros. Para leer más sobre este punto, ver: José Luis Rocha, “El traído, clave de continuidad de las pandillas,” en *Revista Envío*, No. 280, julio de 2005.
- <sup>xviii</sup> En el artículo “Teoría y método: capital social y pandillas en Centroamérica” citado anteriormente, los autores reconocen en las pandillas varios aspectos del capital social, aunque señalan que este no necesariamente tiene efectos positivos para los otros miembros de la sociedad. Cruz, Carranza y Santacruz, *op.cit.*, pp. 45-46.
- <sup>xix</sup> Este uso de la violencia como detonador del sentido de pertenencia está estrechamente ligado con el imaginario de lo masculino que atraviesa a las pandillas. Dentro de la lógica patriarcal del poder, el uso de mayor violencia, el tener relaciones sexuales con más mujeres (con sus compañeras pandilleras o con las “hainas” fuera del grupo) y la apropiación de los espacios públicos (en contraposición al espacio privado que se relaciona con lo femenino) son elementos valorativos que le dan una mayor jerarquía al pandillero dentro de la estructura de la mara.
- <sup>xx</sup> Cruz y Carranza, *op.cit.*
- <sup>xxi</sup> Las maras centroamericanas, en cambio, han logrado construir una identidad que va más allá del ámbito geográfico en el que se encuentran. Las referencias de la Mara Salvatrucha al barrio de la calle 13 en Los Ángeles o de la pandilla del Barrio 18 al barrio del mismo número, son sólo eso, referencias; se puede ser 13 o 18 en Guatemala, Honduras o El Salvador, sin importar la nueva ubicación geográfica de la “clicka.” En otras palabras, se trata de identidades mucho más “nómadas” y mucho más transnacionales.
- <sup>xxii</sup> No se ha encontrado hasta el momento, en ninguna de las ciudades del estudio, organizaciones que hagan trabajo directo con jóvenes pandilleros; lo que hay son esfuerzos que se vinculan de una u otra manera con el tema: proyectos de cultura alternativa o programas para atender a jóvenes con problemas de consumo de drogas.